

LA NUEVA ENSEÑANZA

Encuadernar

El Ideal en la Educación

Por

RAMÓN I. CARDOZO

F
370
CAR
EJ-4

DE

53574

LA NUEVA ENSEÑANZA

Encuadernar

El Ideal en la Educación

*Donación de
Por familiares del
Dr. Efraim Cardozo*

RAMÓN I. CARDOZO

Conferencia dada en la
Escuela Normal de Pro-
fesores : : : : : :

UNIVERSIDAD CATOLICA
"Ntra. Sra. de la Asunción"
BIBLIOTECA "PABLO VI"



El Ideal en la Educación

CONFERENCIA DADA EN LA ESCUELA NORMAL

DE PROFESORES EL DÍA 7 DE JULIO DE 1928

I — Concepto general de la educación

¿Qué es educar? ¿Qué es la educación? Son preguntas que se vienen repitiendo por sabios, pedagogos, psicólogos, estadistas y literatos, desde que la sociedad ha empezado a pensar. Los indos creyeron que la educación consiste en llegar al dominio completo de las inclinaciones, a desprenderse de la vida terrestre para vivir sumergido en la propiedad divina. Conseguir dominar las pasiones, libertarse de las rabias, de las cóleras, de las violencias y volverse pacífico como Buda, es educarse. Este sistema de educación predomina aún entre los descendientes de aquellas gentes, pues Rabindranat Tagore lo pone en rigurosa práctica en su escuela de Bolpur.

Los judíos se propusieron alcanzar la perfección con la educación, y la perfección consiste, según ellos, en la vida santa, piadosa y en un nacionalismo egoísta.

Los griegos, más humanos, dijeron que la educación es la perfección armónica del entendimiento y del cuerpo, con la particularidad de que en Atenas esa armonía consistió en la belleza plástica e intelectual mientras que en Esparta, en la fortaleza de la voluntad y del cuerpo. Platón soñó con una educación igualitaria con la que quiso elevar a la mujer al mismo nivel del hombre. Aristóteles, apartándose del comunismo del Platón, dijo que la educación consiste en el desarrollo progresivo de la naturaleza humana tanto física como espiritual.

Según los romanos la educación consiste en el desarrollo de las aptitudes físicas y de los sentimientos religiosos. Quintiliano indicó que la educación debe ser más amplia, y tender a desarrollar armónicamente la naturaleza humana.

En las edades moderna y contemporánea evolucionó ampliamente el concepto de la educación.

Erasmus, Rabelais, Montaigne iniciaron la educación integral del ser humano; Comenio, Herbart y Pestalozzi echaron los cimientos de la pedagogía moderna con la educación de los sentidos y con la preparación del niño para la vida.

Desde entonces el concepto de la educación ha ido arrimándose al concepto de la existencia del hombre en el medio en que debe vivir.

A pesar de la disparidad de las definiciones, todas, en síntesis se reducen a que la educación consiste en preparar al niño para, la adaptación al medio biológico y social en que debe vivir.

II. — Concepto general del ideal

Sentado como axioma pedagógico que la educación es la adaptación del niño al medio biológico y social en que debe vivir, es del caso considerar que ella persigue un perfeccionamiento por cuanto de que el medio en que debe vivir así lo exige y puesto que la aspiración humana es la perfección. Esa aspiración, esa perfección constituye en el mundo mental un *ideal*.

¿Qué es el ideal?—Es algo que flota en la mente como imagen persistente de un deseo insaciable. Es la estrella del oriente que guía a los reyes magos hacia el Niño Perfecto de Belén. Algo superior que nos proponemos alcanzar; un modelo que imitar; un bien que realizar.

¿Lo malo, lo imperfecto, puede constituir ideal? La vida no puede ser así; no puede ir hacia atrás. Lo malo, lo imperfecto es el atraso de la vida; la vida es perfección. Lo bueno, lo justo y lo perfecto nos producen atracción porque ellos iluminan el término de nuestro camino.

Para el niño el ideal es ser hombre grande como el hermano, como el padre; para la niña, ser como la amiga, como la madre. No aspira a ser más niño de lo que es, sino a ser menos niño. Para el niño las imágenes de aquellas personas simbolizan la perfección, la bondad, el término. El niño tiene, pues, el instinto de lo ideal, que, naturalmente, lo concreta intuitivamente.

El joven igualmente tiene su ideal: un personaje de historia, de novela, un personaje perfeccionado por su fantasía, su imaginación creadora. Puede tener por ideal a un buen jugador de foot-ball, a un militar, a un rico que hayan llegado a, impresionar su mente y que se le hayan impuesto como algo superior. Todos tenemos nuestro ideal porque «el hombre es un animal eminentemente idealista».

Los hombres de edad viril tienen algo, que les atrae, les fascina. No caminan tan a oscuras por la selva de la vida. Alguna claridad que vislumbra, algún pedazo de cielo azul que se insinúa entre las ramas, aunque sea en lontananza los guía al seguir su ruta por el mundo.

Aún el anciano, el que, con la blancura del cabello, atestigua el polvo de los años andados, siempre mantiene en su alma la lámpara votiva de alguna esperanza, de alguna ilusión: la ilusión es la última fuerza que se pierde.

Y así como el individuo, también la humanidad tiene su ideal: «la humanidad lleva en su seno una visión espiritual de sociedad perfecta, de una sociedad que hoy *no* es, pero que *debe* ser» (Zulueta).

El ideal tiene el poder dinámico de arrastrar, la fuerza del imán para atraer. No es estático. El ideal, así como en el individuo, engendra el progreso en la sociedad: un pueblo sin ideal se estaciona, no marcha, porque el progreso consiste en una adaptación de la realidad al ideal.

El ideal tiene el poder del movimiento continuo; constantemente está en marcha: «a medida que un ideal se va realizando, la realidad va sacando de sus propias entrañas la visión de otro ideal superior».

En la esfera de la perfección, el ideal no marca ningún término, ningún fin; cuando el ideal parece estar al alcance de nuestra mano, la visión cambia de lugar, como la mariposa que huye de la mano grácil del niño, porque el ideal «no es ningún término sino una dirección.

Imprimir esta dirección en la vida; jalonearla con ideas hondamente arraigadas en la conciencia, sea ésta individual o colectiva, ideas que tengan fuerza, ideas que sean queridas, es orientar al individuo, es dar brújula a la sociedad; lo cual es uno de los grandes fines de la educación.

Llegamos así al punto de partida de la presente disquisición: *el ideal en la educación*.

La pedagogía teleológica nos ayudará a estudiarlo. La educación, como vosotros los sabéis, no puede perseguir otro fin que la perfección individual y colectiva porque como dice el autor de «Escuela Activa», educar consiste en partir de lo que es para conducir hacia lo que es mejor».

De aquí que el fin de la educación debe estar de acuerdo con el ideal de la misma, puesto que lo ideal, como ya lo dijimos, debe serlo perfecto, lo mejor de lo que es la realidad, de lo existente.

Recorramos ligeramente la historia para recoger de paso, los diversos ideales trazados por los educadores de los pueblos como norma de su acción social. ¿Los pueblos antiguos tuvieron ideal? Hemos dicho que «el hombre es un animal idealista». Desde que la sociedad se ha organizado, la humanidad ha soñado, ha sido idealista. Desde el torpe y grosero ideal de los pueblos pastores, de tener un buen Pasto para su ganado hasta el perfecto y supremo de los civilizados de hoy que buscan la perfección física y moral siguiendo a imágenes trazadas de antemano la humanidad ha marchado como Don Quijote tras de su ideal de justicia que es una perfección moral, sin alcanzarlo.

La Grecia, que llegó en la antigüedad al más alto grado de cultura, ha dejado en los anales el modelo de su ideal pedagógico revelado por

sus filósofos, sus poetas, sus artistas y su pueblo. La perfección plástica alcanzada mediante la cultura física es propia de este pueblo que rindió culto a la belleza de sus mujeres, de su juventud, de sus estatuas de sus monumentos y de su naturaleza misma. Y la perfección moral reflejada en los pensamientos y en los actos de sus filósofos, prueba que el pueblo griego llegó a realizar su ideal de perfección. Ser sano de cuerpo y de espíritu es el objetivo de la educación señalado por la máxima del *mens sana incorpore sano*.

De la misma manera, Roma fijó como ideal de su educación la fortaleza física y moral adaptada a una de las ocupaciones de su existencia, el dominio del mundo. Con ese fin prestó preferente atención a la educación física y militar que se recibía en los campamentos, y a la adquisición de las virtudes ciudadanas que se proporcionaban en el mismo hogar, en cuya fuente pura la juventud las bebía. De estos hogares salieron las matronas que modelaron el carácter fuerte e independiente de los varones, y de los campamentos, las grandes guías de los ciudadanos armados que cruzaban las fronteras en son de conquista. De la escuela doméstica salieron las Vesturia y las Cornelia modeladoras de carácter, y de las tiendas, los Coriolano, los Scipion y los Graco. Las creencias religiosas infundieron en los jóvenes el respeto a las leyes que eran consideradas sagradas e inviolables.

Más tarde, el ideal de la educación romana sufrió una evolución con la influencia de la filosofía griega, dando, durante el largo período de los emperadores, importancia a la educación intelectual, porque Roma se veía en la necesidad de gobernar el mundo, establecer derechos y dictar leyes que le asegurasen la sujeción de los pueblos conquistados. Quintiliano inició la cultura general romana basada en la oratoria, y después de él se amplió la educación dando importancia fundamental a las buenas costumbres y a las virtudes. «Lo que preocupaba a los romanos por intermedio de Cicerón y de Séneca era no solo la existencia de los conocimientos sino el adelanto de las buenas costumbres y el perfeccionamiento moral del hombre».

En el medioevo los factores de la educación cayeron en un marasmo. No existió, en rigor, un ideal común en la organización social. Por un lado los primeros cristianos, obligados por la persecución religiosa, por la intolerancia de los príncipes, buscaron la vida ascética y monacal, la que se convirtió en ideal de la educación. Por otro lado, los príncipes tuvieron otro ideal que ser «perfectos caballeros»; por las constantes guerras de predominio no pudieron ocuparse en otro ideal superior de cultura. El cristianismo con sus sanos principios de igualdad social, introdujo en las costumbres y en las aspiraciones nueva tendencia que fue humanizándose más y más.

En los tiempos posteriores al renacimiento, las luchas religiosas enconaron los ánimos, creando dos tipos distintos de ideales sociales. Por un lado el espíritu ortodoxo imprimió el ideal pedagógico de la her-

mandad de los estudios de humanidades con la moral religiosa, asentando como ideal de educación la formación de la sociedad basada en la moral cristiana. Ninguna moral podía existir fuera de las reglas y dogmas católicos. Por otro lado, se infiltró rápidamente la heterodoxia con la práctica del libre examen que engendró la libertad religiosa; ésta y la propaganda de los enciclopedistas dieron origen a la enseñanza libre.

Asistimos a una era completamente nueva en la que la pedagogía tomó vuelo y la escuela adquirió, en el concepto de los pueblos, importancia; se comprendió que la democracia surgente de los esfuerzos populares debe basarse indefectiblemente en la educación. Entonces nació el ideal educativo de la cultura popular. La sociedad democratizada requirió tener las instituciones escolares al alcance de la masa, terminando los privilegios de los ricos y aristócratas quienes eran los únicos que tenían derecho de educarse, para dejar abandonado al pueblo, a los siervos, en la ignorancia.

Talleyrand haciéndose eco de la revolución proclamó la democratización de la educación, pidiendo la instrucción primaria obligatoria para enseñar a todos y de modo que todos puedan enseñar.

No poco contribuyeron para la preparación de la nueva pedagogía, que se iniciaba entonces los *pietistas* y *filántropos* alemanes y suizos. Estas sectas religiosas proclamaron como ideal de su enseñanza la piedad y la filantropía para remediar los males de la humanidad. Así lo proclamaron Frank, Basedow y el inmortal pedagogo de Stanz, y lo pusieron en práctica abriendo colegios donde recogieron a huérfanos y pobres para educarlos. Ya sabéis que la pedagogía moderna, diríamos mejor contemporánea, nació de la piedad del hijo de Zurich. Compadecido de la suerte de tantos infelices niños inició su vida de educador en el asilo para niños pobres de Stanz. Y así se hizo maestro, educador reformador y padre de la pedagogía.

La rigidez escolástica iba cediendo a la filosofía de la época. Los conceptos de la personalidad humana sufrían una revolución completa. Se iba saliendo del predominio cada vez más debilitado del imperio ideológico de la edad media, con la mirada fija al helenismo que tantos frutos maduros y sabrosos dio a la humanidad. Se buscó el perfeccionamiento integral de la naturaleza humana. Pero en este tren de reconquistar el perdido reino de la educación griega, se pensó en que la cultura debe basarse en el estudio de las letras y el conocimiento de las lenguas muertas, con el fin de «saturar el espíritu helénico, con voluntad y fuerza inquebrantable para explorar la verdad, dotarla de energías independientes y perseverantes para triunfar en esta lucha, y de entusiasmo vigoroso por lo brillo y lo perfecto». *Este ideal humanista* preponderó casi todo el siglo diez y nueve tanto en la educación primaria como en la secundaria y en la universitaria.

Después de la organización de las nacionalidades europeas

surgió en el cielo de la pedagogía una nueva estrella como guía de los pueblos y de los gobiernos: *el ideal nacionalista*. Sobre todos los ideales de sectas, sobre todas las aspiraciones colectivas se hizo primar el ideal de que la enseñanza en los diversos grados debe perseguir la formación de una conciencia nacional tendiente a establecer la unidad necesaria entre los hombres de un mismo estado, y a hacer levantar a la patria a la altura máxima. La patria antes de todo y sobre todo; la nacionalidad debe ser suficientemente orgánica y fuerte, por su comercio, por su riqueza, por su ciencia y por sus medios de defensa. Para conseguir este ideal se tiene que obrar sobre la conciencia de la población, orientar su mente. Con ese fin introdújose la enseñanza de la historia patria y de la instrucción cívica como medios poderosos de instrucción y educación nacionalistas.

No cabe duda que la educación guiada por esta idea-fuerza, consiguió preparar las generaciones imbuídas en el fuerte y sublime sentimiento nacional. Italia, Francia, Suiza y Alemania consiguieron elevarse sobre la unidad básica de su organismo político cohesionado por la nueva fuerza moral que obraba sobre los átomos sociales, si bien es cierto que la exagerada exaltación del ideal nacionalista ha creado sentimientos bastardos que proporcionaron al mundo europeo días de zozobra y de luto, pues, ha desarrollado odios y recelos mutuos a falta de sentimientos sedantes.

En oposición a este ideal ha nacido otro, el *socialista* que levanta como bandera el principio de la redención y mejoramiento del pueblo, de la clase trabajadora. La suprema aspiración humana es el bienestar y ese bienestar debe ser de acuerdo con el dictado de la justicia distribuida entre todos los miembros de la sociedad. Para conseguir este postulado hay que proteger a la sociedad contra el despotismo y tiranía de los individuos que amparados por sus posiciones privilegiadas, oprimen a los más faltos de medios de defensa. Para la solución de este problema social se han ideado diversas y variadas doctrinas que no entraremos a estudiar por no ser del dominio de esta exposición sintética de los diversos ideales de la humanidad. Sólo diremos que el bienestar social es una cuestión que ha preocupado al mundo desde la más remota antigüedad, desde el reinado de Servio Tulio que repartió tierras públicas a las plebeyos, hasta hoy día y quien sabe hasta cuánto. La educación pues, no puede estar libre de los planes innovadores del ideal socialista, ni permanecer indiferente ante el influjo de sus principios. Así aunque en diversas formas, en todo el mundo, la doctrina socialista va trazando ideales pedagógicos cada vez más de acuerdo con las ansias de un futuro humano mejor, de la difusión de la cultura en la masa, de la democratización de la ciencia y del arte de la intervención de los padres de familia en la escuela, de la desaparición de las aulas de las distinciones sociales, del establecimiento de la comunidad de vida entre

los niños de todas las familias, ricas y pobres, religiosas y no religiosas, de un credo político y otro.

Otro ideal es el *masculino*. El hombre, el varón, ha sido y sigue siendo dueño de los destinos humanos. Él dicta las leyes, él establece planes de educación, él reglamenta la vida de la sociedad. Por eso, en todos los órdenes se encuentra el plan de mantener el predominio del varón

en la dirección de los negocios, en los destinos nacionales. De aquí el *ideal* de que la educación debe preparar al hombre varón para la lucha por la vida, manteniendo sus cualidades específicas de virilidad, fortaleza, emprendedor y aptitud para gobernar. Los que profesan este ideal no admiten la coeducación ni aceptan como conveniente la enseñanza del varón a cargo de la mujer, y quieren que los planes de estudios sean distintos para uno y otro sexos.

Frente a este ideal, venciendo la resistencia creada por los espíritus forjados a su empuje, va organizándose el *femenista* que persigue la educación de la mujer casi en las mismas condiciones del varón, con el fin de prepararla, como a aquél, para luchar por la vida y en la vida con ventaja.

La mujer no necesita saber otra cosa que lo necesario para la administración del hogar, para la primera educación del hijo y para desempeñarse correctamente en los actos sociales, fue el ideal sustentado respecto a la educación femenina y que aún persiste en muchos espíritus que se resisten a las innovaciones de las ideas liberales. En Francia, como vosotros sabéis, se inició el movimiento a favor de la educación de la mujer con Madame Maintenon y Rollin quien llegó a decir que el sexo no pene diferencia entre dos espíritus». Desde entonces en la educación de la mujer se ha trazado un ideal. Al principio éste consistió en una educación especial, dada en liceos y universidades, para conservar la, feminidad que constituye el tesoro de la vida espiritual de la mujer apartándola cuidadosamente de la masculinización. Hoy día la idea ha evolucionado grandemente, hasta el extremo de que, en muchos países como en Norte América, Alemania e Inglaterra, la educación masculina, ha dado pase libre a la femenina hasta en sus costumbres y en sus usos. No hay ya centro de cultura que no lo frecuenten las muchachas, ni juegos y deportes en que no se ejerciten libremente. La natación, la equitación, los juegos de bochas, etc. etc todos están invadidos por las mujeres, y hay instituciones de enseñanza que ofrecen ampliamente estos medios, más que para las habilidades caseras.

En las naciones europeas citadas, la guerra mundial ha enseñado muchas cosas y no solamente enseñado, sino relevado cosas ignoradas; durante ella la mujer probó tener las mismas aptitudes que el varón y que podría ocupar sus sitios con mucha competencia. Entonces fue que en la reorganización post-guerra se prestó a la educación de la mujer la atención necesaria. En Alemania, por ejemplo, según el

profesor Keiper, se llegó a trazar la siguiente directiva para la educación de la mujer: «Preparar a la mujer tanto para su futura tarea doméstica como para profesiones prácticas, científicas o administrativas en la misma proporción e intensidad que al hombre».

En el período de vida que lleva la humanidad y sobre todo los pueblos europeos, en la post-guerra, el concepto de la *enseñanza utilitaria* ha ganado terreno y predomina como uno de los ideales pedagógicos.

En la antigüedad, Roma dio a la educación del niño una tendencia utilitaria y, posteriormente, Spéncer comenzó su famosa obra sobre educación clasificando los conocimientos que deben constituir un plan de estudio en relación con la utilidad. «La cuestión esencial, dice, para nosotros, es la de cómo vivir». Ajustándose a este criterio clasificó, por orden de importancia, las principales clases de actividades que constituyen la vida humana.

Rousseau por su parte, lo dijo: «Entre los conocimientos que podemos adquirir unos son falsos, otros útiles y otros sirven para enorgullecer al que los posee. El corto número de los que realmente contribuyen a nuestro bienestar, es el único que merece las investigaciones de un sabio, y por consiguiente, de un niño que queremos lo sea. No se trata de saberlo todo, sino de saber únicamente lo que es útil.

La orientación de la educación hacia el lado práctico constituye, en nuestros días, la grave preocupación de filósofos y pedagogos. La lucha por la vida se hace cada vez más complicada; el triunfo depende del individuo mejor adaptado. Las naciones se hacen competencias ruinosas; sólo triunfan las que mejor producen. Por eso la educación utilitaria gana terreno en el mundo pedagógico.

Sabemos que Dewey sentó el principio de que la bondad de todo sistema de educación se juzga por su resultado práctico. Por eso en su «Escuela de Mañana» planea una enseñanza social eminentemente práctica y utilitaria: preparar al niño para vivir en el medio ambiente que le será destinado, y sobre todo para poder triunfar. De lo contrario la educación sería un fracaso y una rémora del progreso. Si un tiempo, cuando la instrucción universal era desconocida y sólo gozaba de sus beneficios una mínima parte de la sociedad la aristocracia, se daba preponderancia en la instrucción a la enseñanza clásica y de adorno, hoy día con la socialización cada vez mayor e intensa de la escuela, se da importancia a las ciencias que las artes manuales como aplicación de aquellas en la solución de los problemas de las necesidades de la vida humana. Kerschensteiner ideó la escuela del trabajo, como solución del problema de la educación pública.

** *

Hemos llegado a la hora presente de la humanidad, a la hora en que vivimos, momento la historia en que se gesta una nueva sociedad

basada en el derecho y en la justicia, fuerzas morales que guiarán las relaciones de los hombres y de los pueblos.

Un nuevo ideal de la educación se diseña. La escuela nueva delineada, por algunos utopistas, se impone ya en el mundo pedagógico. Este ideal de preparación de una nueva sociedad libre de lo medioeval que aún conserva, como dice Adolfo Ferrière, es la brújula que señala, el nuevo rumbo a los educadores. La «escuela nueva» o la «educación nueva», como ya lo sabéis se basa en el conocimiento y respeto de la naturaleza psicológica y biológica del niño, en el conocimiento y respeto de que el niño es el porvenir en flor de los pueblos. El niño es niño y como tal debe ser tratado; el niño debe ser educado en el presente pero con proyecciones para el porvenir; al niño debe dejársele obrar para que su interno se proyecte sobre el mundo externo para que su yo cree, obre, accione; el niño debe ejercitarse en la vida de comunidad para formar su personalidad, su carácter. Es decir, la escuela nueva se basa en el niño como sujeto biológico y social.

La personalidad del niño debe ser respetada y por tanto, sus derechos. «La escuela debe ser para el niño dice Patri; hay que sustituir al maestro como centro de la escuela y poner, en su lugar, al niño; la escuela debe girar en torno al niño y no en torno nuestro. La escuela tal como está organizada, dice el mismo, mecaniza al niño».

La educación nueva va tomando incremento; todas las reformas escolares se inspiran en ella. Y nosotros creemos que estamos en la aurora de un nuevo día, y que la llave de ese nuevo día está en vuestras manos, futuros maestros.

Después de esta vista cinematográfica de los distintos ideales educacionales -cada uno de los cuales puede ser tema no de una soladisertación como la presente, sino de libro entero - pasemos a ocuparnos del agente ejecutor de ellos, del maestro.

Es bien sabido que la realización de los fines de la educación no depende ni de los planes, ni de los programas, ni de las autoridades, sino del maestro. De aquí emerge grave responsabilidad del educador, puesto que como de la mano del artista puede salir la sustancia plástica bien delineada, del genio del maestro, de su habilidad, de su amor, de su saber saldrá la eficacia de la educación. El maestro debe tener conciencia exacta de su ética profesional. Debe saber su grave deber con la sociedad y con la Nación de cumplir sus funciones con conciencia y con amor. El maestro debe saber que el niño, como dice Patri, va a la escuela en función de un derecho, el de educarse, el de ser tratado con amor. El niño, por naturaleza necesita ternura, mucha ternura, dijimos al tratar del «psicoanálisis como método de educación» y volvemos a repetir: el niño es ávido de ternura. El maestro autoritario, el maestro rutinario, el maestro por «horas», no cumple con su deber, no conoce el aspecto moral de su profesión, y si lo conoce, no lo cumple, no lo practica. En esta forma es doblemente violador de la moral profesional

El maestro debe saber que el niño encomendado a su cuidado, a su guía, tiene derecho a su integridad biológica. La ética profesional le impone que debe velar por la salud física y moral del ser en confiándosele. El porvenir del niño, toda la existencia; el porvenir de la sociedad todo entero, está en sus manos. Puede condenarlo al infierno del dolor por toda la vida, o puede infectar a la sociedad entregándolo niños enfermos.

Oh, vosotros, maestros: ¿habéis reflexionado alguna vez sobre vuestra responsabilidad?

Pero el maestro no solamente debe cuidar su *ética profesional* sino también su *ética personal*. Entre la ética profesional y la ética personal del educador debe haber perfecta armonía. Debe vivir honestamente para educar honestamente; debe tener carácter para ser profesor de carácter; debe ser cariñoso para formar alma cariñosa. Para guiar moralmente debe conocer el camino de la virtud. El ejemplo vale más que el precepto, ¿Cómo un ladrón podrá, enseñar honradez; cómo un ebrio temperancia; cómo un tornadizo, fortaleza de carácter; un traidor, la lealtad; un farsante, la sinceridad? El educador debe cuidar su interno, llevar una vida ejemplar, para ser modelo de la juventud.

Estamos en un período de desorientación. Se levantan pseudosmentores de la juventud que predicán regeneración y practican degeneración; que dicen ser maestros y huyen de la escuela. Hemos visto a la juventud clasificar a sus maestros en buenos y malos sólo por simpatías personales sin pesar en la balanza de la justicia los méritos individuales. No da importancia a la ética personal que es un tesoro conseguido a fuerza de privaciones. Eso es un fenómeno de desorientación de la educación moral. ¿Vale o no la vida de un hombre consagrada al deber, y a cuyo altar reprime sus apetitos, reprime sus inclinaciones naturales?

Pero, vamos llegando al final de esta disertación. Trataremos del ideal del maestro. ¿Debe tenerlo? La pregunta se contesta a sí misma. Si el hombre es un ser eminentemente idealista, el maestro debe serlo como hombre y como educador. El ideal es la estrella polar que le guiará en el piélago del mar en las noches oscuras. El maestro debe tener trazado un ideal, para lanzarse tras él en el cumplimiento de su augusta misión. El maestro sin ideal, debe ser un barco sin timón, juguete de las borrascas pasionales. El maestro con ideal marchará a su destino con la frente alta, la mirada fija y el corazón firme. Nunca será abatido por las tormentas de las pasiones que lleguen a azotarle.

Y ¿cuál debe ser ese ideal? Ser modelo de bondad; de espíritu de justicia; de moralidad; de exactitud; de laboriosidad; aproximarse con el estudio constante, la observación, a los grandes héroes de la educación; levantar la escuela a su cargo; levantar el prestigio del magisterio de que forma parte, elevándose a sí mismo; mantener un espíritu constantemente juvenil; buscar al niño a donde esté para educarle, y ser un

apóstol, un mensajero de la civilización, siempre listo para llevar la luz donde fuere necesaria.

Uno de los primeros deberes de su apostolado debe ser un intenso amor a la patria. En tal sentido como maestro paraguayo debe tener el ideal de soñar con un Paraguay grande, próspero y culto, grande por el trabajo de sus hijos, próspero por el desarrollo de sus industrias y culto por la función de sus escuelas, colegios y universidades; por la cultura de su juventud inspirada en los puros principios democráticos y en el sentimiento de la confraternidad de los pueblos.

Ramón I. Cardozo
